

URBANIZACION Y DINAMICA DE LA POBLACION EN LA HISTORIA

Coloquio organizado por el Comité de Demografía Histórica de la IUSSP y celebrado en la Universidad de Keio, Tokio, 22-25 de enero de 1986 **

Realizado por:

Paul HOHENBERG

Unos cincuenta especialistas de diversos países y un pequeño número de otros asistentes invitados se reunieron para discutir el papel de los procesos demográficos en el curso histórico de la urbanización. Además de la rica aportación intelectual que este informe tratará de describir, los participantes apreciaron la eficiencia y hospitalidad de sus anfitriones. La labor del profesor Akira Hayami tiene que ser especialmente subrayada, dado que no sólo presidió el Comité Local de Organización desarrollando una gran actividad, sino que colaboró también como uno de los organizadores científicos, en su calidad de miembro del Comité de Demografía Histórica de la IUSSP. En seis intensas sesiones de media jornada cada una, los participantes en el Coloquio discutieron unas 37 comunicaciones, así como los comentarios introductorios de los presidentes de cada sesión y una conferencia de recapitulación final. Dado que la mayoría de las comunicaciones se había distribuido con anterioridad, fue posible limitar considerablemente el tiempo dedicado a su presentación, en beneficio de los comentarios y la discusión general. Aunque estuvieron representados una amplia variedad de temas y de enfoques disciplinarios, el mayor número de comunicaciones -17- tenía que ver con cuatro países: Inglaterra, Francia, China y Japón. Otras 13 se referían a otras zonas europeas, como España o Escandinavia, y cuatro más trataban el caso de distintos países americanos. Cronológicamente, las comunicaciones se extendían del siglo XVI al XX, con una clara concentración en el si glo XIX. Desde un principio se respetó la igualdad

de trato al francés y al inglés como idiomas oficiales del Coloquio.

Un resumen detallado de tantas comunicaciones en un breve informe como éste, es algo que está ciertamente fuera de mi alcance. En cualquier caso, las Actas del coloquio serán publicadas y, por otra parte, el interés de los trabajos presentados se deduce de la animada discusión que provocaron. Este informe se centrará en los temas y cuestiones que absorbieron mayor atención. A este respecto, es difícil hacer justicia a todas y cada una de las contribuciones individuales, por lo que no intentaré ir relacionando de forma sistemática a cada autor con sus particulares ideas o puntos de vista.

El tema de la primera sesión fue la demografía urbana, y fue, desde luego, el que dio lugar a la más "demográfica" de todas las discusiones. El presidente de la sesión, J. Dupâquier, invitó a los participantes a considerar la especificidad de la demografía urbana en el período pretransicional y en el de la transición demográfica. Igual atención merecieron las interacciones entre el mundo rural y el urbano, cuya intensidad supone mutuas influencias cuando no similitud o convergencia. Por supuesto, el reconocimiento de que la ciudad y el campo, aunque fueran ámbitos bien diferentes, estaban en continuo contacto, conducía al tema de las migraciones y a la que iba a destacarse como la cuestión probablemente de mayor relevancia tratada en el Coloquio: la elevada movilidad de las poblaciones preindustriales.

Las poblaciones urbanas han mostrado históricamente unas tasas de crecimiento natural inferiores a las del amplio entorno en que estaban enclavadas (y a veces negativas), a pesar de la favorable estructura de edades debida a la presencia de inmigrantes jóvenes. Este resultado paradójico puede ser atribuido a una nupcialidad más baja, a una fecundidad legítima menor o a una mortalidad más elevada: cada uno de estos factores desempeñó su papel respectivo en el caso concreto de la Europa de los tiempos modernos. En la discusión se subrayó la importancia de la servidumbre doméstica, que solía permanecer célibe, y de las nodrizas, así como la relación entre el tamaño de la ciudad con ciertas enfermedades epidémicas, entre otros factores.

Las familias urbanas también tomaron la delantera en el proceso de limitación del tamaño familiar, aunque permanece abierta la cuestión de si esto fue una respuesta más racional, es decir, más moderna que la que eran capaces de adoptar sus vecinos rurales, o bien una actitud forzada por circunstancias más apremiantes.

Las zonas rurales que enviaban emigrantes a las ciudades también se veían afectadas demográficamente. La presión demográfica sobre la tierra se veía reducida, lo que significa que ciertos cambios podían ser pospuestos y que algunas oportunidades -para casarse, por ejemplo- no seguían empeorando por motivos económicos. En este sentido, la presencia de las ciudades actuó como una fuerza conservadora para el campo. Sin embargo, dado que el flujo de gente no era unidireccional, las pautas mentales y de conducta de las zonas rurales también se veían afectadas, con lo que el cambio probablemente se iría acelerando. Los emigrantes y trabajadores que retornaban al campo no eran los mismos que cuando habían salido de allí, porque volvían con ideas nuevas, con un modesto capital o con los gérmenes de una epidemia que se habían mantenido activos en el más denso medio urbano.

La segunda sesión desvió sólo ligeramente su objetivo, puesto que los movimientos migratorios afectan a toda discusión sobre demografía urbana. Al iniciar la sesión, su presidente E. Hélin, recordó a los participantes otros aspectos del tema aparte de los movimientos del campo a la ciudad, en concreto los desplazamientos ultramarinos, la migración inter-intraurbana y el flujo emigratorio de salidas de la ciudad. Advirtió además que la distinción entre migraciones internas e internacionales es anacrónica durante gran parte de la historia, poniendo el ejemplo de la red de lazos que unían a Lieja en el siglo XVIII con muchos lugares de Europa, desde Roma (por religión y cultura) a Amsterdam (a través de la exportación de manufacturas), o desde Viena (sede del Sacro Imperio Romano-Germánico) a París (por identidad de idioma).

En una perspectiva económica, la migración se relaciona estrechamente con el mercado de trabajo, dependiendo de las mayores oportunidades urbanas en relación con las condiciones rurales, aunque las prime-

ras no se identificaban siempre con el crecimiento de la economía urbana, pues ciertos controles y prácticas discriminatorias a menudo han limitado las aspiraciones de los inmigrantes, como prueban los casos de Osaka (Japón) o Cuenca (España). Por otra parte, la migración es un proceso social y humano y no sólo de origen económico. Resulta fascinante preguntarse por el tipo de personas que emigraban, dejando aparte aquellos catastróficos episodios en los que todo el mundo se veía forzado a hacerlo. Podemos describir al emigrante de muchas maneras: como un patán que llegará a ser cultivado por la ciudad; como un perdedor en la competencia rural por un hogar y una esposa; como un individuo excepcional en su grupo, más instruído que sus vecinos, pero mal adaptado a la compacta, homogénea y tradicional comunidad aldeana; como un emprendedor y ambicioso luchador, deseoso de combatir en un escenario más amplio. Aunque la emigración no tiene por qué ser siempre una aventura. El emigrante puede ir pisando un sendero trillado, con gente que se dedica a organizar el desplazamiento y lo aligera de imprevisibles implicaciones. De todas formas, como señaló E. Hélin, el emigrante suele ser un agente del cambio social, aunque sólo sea porque se ve obligado a adaptarse. Finalmente, si la emigración (bruta) de las ciudades ha sido también un fenómeno común, de nuevo cabe preguntarse en este caso quien es el que abandona y la ciudad y por qué lo hace.

La discusión se hizo más abstracta en la tercera sesión, dedicada a las redes o sistemas urbanos y a las distribuciones "rango-tamaño" (rank-size) mediante las cuales suelen ser descritas las jerarquías urbanas. Hubo acuerdo general en que dicha técnica de distribución, en sus versiones más sofisticadas, aun siendo un instrumental útil adolece al menos de tres limitaciones. En primer lugar, sólo tiene en cuenta el tamaño de la población, obviando otros aspectos de la "importancia" de una ciudad y de la naturaleza de sus relaciones con otros lugares. Esta es, por supuesto, una crítica de menor importancia en el contexto del presente Coloquio que en el estudio de la urbanización en general. En segundo lugar, la distribución del tamaño de las ciudades en un momento histórico determinado es difícil de relacionar con otros aspectos del crecimiento urbano en su dimensión temporal, que constituyen el objetivo primordial de la in-

vestigación histórica. Por último, la elegancia matemática del método "rango-tamaño" puede hacer caer en la tentación de conceder un engañoso significado normativo a ciertas distribuciones.

Gran parte de la discusión se centró en las implicaciones de la primacía urbana -esto es, el desproporcionado desarrollo de un centro urbano concreto- y en la jerarquía adoptada en la clasificación del resto de las ciudades, según se muestra en la pronunciada pendiente del gráfico logarítmico en la representación de esta técnica. Si la hegemonía de una gran urbe constituye una prueba de la capacidad de una sociedad para sostener un núcleo de población tan importante -lo que no era una hazaña menor si se tienen en cuenta los problemas del abastecimiento-, los especialistas europeos reconocían que este tipo de metrópolis se veían obligadas a nutrirse de los recursos de una zona muy extensa, impidiendo así otros desarrollos urbanos. De igual forma, mientras C. Smith señalaba el paralelismo entre el creciente grado de jerarquización urbana y el desarrollo de los mercados de trabajo en las economías del Tercer Mundo, los historiadores de la urbanización europea encuentran ventajas en el agrupamiento oligárquico de ciudades de tamaño medio, que cumplían unas funciones en cierto modo complementarias, como ocurría en los Países Bajos y, más recientemente, en Suiza.

El Extremo Oriente fue objeto de estudio en la cuarta sesión, con una comunicación sobre las Filipinas que trataba de recordar -o de mostrar- a los colegas occidentales, muy limitados por lo general a su estrecha experiencia, hasta qué punto el Sudeste asiático debe ser reconocido como una entidad completamente distinta. Hubo en esta sesión un interés relativamente mayor por las fuentes de los datos y por los resultados de la investigación, dado que en buena medida el trabajo realizado al respecto por los historiadores actuales ha sido escaso, y lo poco que existe es escasamente conocido entre la mayoría de los historiadores de las poblaciones occidentales. Desde el punto de vista de un observador ajeno al tema, resulta curioso advertir lo larga que es la historia de la urbanización, concretamente en China y Japón, a pesar de las recientes mutaciones hacia un tipo de sociedad predominantemente urbana e industrial, como pone claramente de manifiesto M. Cartier en su inten-

to de extraer un indicador de población urbana del censo chino de 1982 (PRC).

No obstante todos esos contrastes con el caso europeo, también se advierten puntos de coincidencia. Los ejemplos podrían multiplicarse. G.W. Skinner ha encontrado en Francia una regiones urbanas que exhibían una unidad topográfica similar a la de los sistemas urbanos en China. Por otra parte, G. Rozman señaló que Japón, lo mismo que Inglaterra, mostraban unos sistemas urbanos regionales más débiles y núcleos industriales y portuarios más desarrollados que los países continentales vecinos de ambos archipiélagos; en el primer caso, las ciudades estaban mucho más integradas, mientras que en el segundo formaban una especie de agrupamiento regional. Si entre los especialistas asiáticos el interés de estos trabajos comparativos y su discusión se revela suficientemente en sus esfuerzos por llevar a cabo el coloquio, no es menos cierto que los estudiosos occidentales también sacaron gran provecho de este tipo de intercambios.

En la quinta sesión los argumentos económicos volvieron a ser destacados de nuevo, a propósito de las relaciones entre la ciudad y el mundo rural. Dado que los modelos económicos, incluso los informales, pueden fácilmente llegar a convertirse en algo abstracto, fue una suerte que la discusión se iniciara con un animado debate en torno a las necesidades de abastecimiento de las modestas ciudades europeas del período preindustrial, debate que fue provocado por un comentario de A. Van der Woude a una comunicación de P. Bairoch sobre el papel de los rendimientos agrarios, la productividad del trabajo y los transportes en la eliminación progresiva de los tradicionales obstáculos al proceso de urbanización. Parece probable que la provisión de leña y madera en cantidades suficientes a una ciudad pudo haber sido una empresa más importante, desde un punto de vista físico, que la de mantenerla alimentada.

Con esta saludable recomendación de no ignorar las realidades básicas, los participantes abordaron la cuestión de los prerequisites para el inicio de una urbanización masiva. Los economistas tienden a subrayar el papel de los intercambios, esto es, a buscar el proceso mediante el cual las ciudades producirían mer-

cancias intercambiables por alimentos y materias primas en cantidades continuamente crecientes. Sin embargo, este mecanismo del desarrollo urbano tropieza con dos hechos históricos. En primer lugar, el principal impulso de la manufactura protoindustrial y de la primitiva industria fabril se registró en zonas rurales y no en las mayores y más importantes ciudades. Por otro lado, el flujo de excedentes desde el campo, que alimentó gran parte del crecimiento urbano en los tiempos modernos, descansaba en buena medida sobre transferencias unilaterales. El proceso continuo de urbanización dependía de las mejoras en la agricultura, sobre todo de una mayor productividad del trabajo, pero también del trasvase de excedentes agrarios cada vez mayores así como de la "liberación" de fuerza de trabajo de origen rural. R. McInnis subrayó este mecanismo "indirecto" en su comunicación, donde mostraba por qué Cataluña no logró mantener el ritmo de sus primeras etapas de desarrollo. Por otra parte, se puede considerar el impacto directo de las mejoras agrícolas para explicar cómo Inglaterra consiguió un precoz, y durante mucho tiempo único nivel de urbanización. Desde luego, los vínculos de algunas regiones agrarias productoras de materias primas, con el comercio ultramarino desempeñaron también un papel importante.

Dado que en este informe he abordado la difícil empresa de integrar una síntesis de las comunicaciones presentadas con la discusión que suscitaron, es innecesario resumir ahora la conferencia de clausura del Coloquio. Baste decir que se tocaron en ella ciertos temas recurrentes a lo largo de todas las sesiones que pueden ser comentados brevemente a modo de conclusión.

Como era de esperar, el término mismo de "urbanización" planteó algunas dudas. ¿Se refiere al tránsito, que probablemente se llevó a cabo en un momento determinado, de una sociedad mayoritariamente rural a otra predominantemente urbana? ¿O bien al proceso de desarrollo urbano en general, incluyendo la formación inicial de sistemas urbanos y las fluctuaciones temporales de su estructura y de su peso relativo en el conjunto de la población? La primera acepción se basa en la clara diferencia cualitativa entre una minoría de no productores de alimentos en una so-

ciudad fundamentalmente agraria, y una población dedicada masivamente a la industria y los servicios con sólo una pequeña fracción de gente ocupada en el suministro de productos básicos. Por otra parte, las conexiones entre esta acepción y otras grandes transformaciones sociales, tales como la industrialización o el desarrollo del capitalismo, ponen de manifiesto que se trata también de un cambio en la naturaleza de las ciudades. Ahí reside precisamente el peligro de mezclar la urbanización con otros procesos, pasando por alto su especificidad: eso es lo que llevó a que algunos participantes en el coloquio prefiriesen reservar el concepto de "urbanización" para el estudio del desarrollo urbano, extendiendo su uso de forma que incluyera el cambio urbano dentro de los límites impuestos por la tecnología y la organización económica tradicionales.

Como puede imaginarse, muchos participantes plantearon cuestiones acerca de las fuentes, los datos y la metodología, con ánimo generalmente constructivo. Las preocupaciones de estos especialistas no invalidan por sí mismas este resumen, pero el hilo de sus comentarios afecta de algún modo al argumento al que acabamos de aludir. El problema de las fuentes y de la definición hacen muy probable que un incremento cuantificado en la proporción de la población urbana -urbanización desde el punto de vista técnico de población urbana como una fracción de la población total- tiende a exagerar el impacto de este crecimiento sobre la vida urbana. Entre las causas de error se encuentra el umbral de un determinado tamaño, que hace que se contabilice como población urbana a partir de un determinado momento a toda la población de un núcleo que supera esa cifra mágica, mientras que no reconoce como urbana a la población que ha residido temporalmente en estas ciudades entre dos fechas censales o a la que su condición marginada no le permite ser incluida entre la población urbana.

Los participantes hicieron notables esfuerzos por tipos de asentamientos urbanos y de poblaciones urbanas. Pero no pudieron evitar del todo los problemas planteados por términos tan generales como los de "urbano" y "rural". Una vez y otra debían recordarse unos a otros que no sólo hay especificades temporales

y espaciales, sino también diferencias atribuibles al tamaño y las funciones de las ciudades. Un ejemplo, de gran importancia cuantitativa en la época industrial, es el de las grandes conurbaciones industriales, especialmente en las cuencas mineras, que sin duda mostraban rasgos demográficos propios, junto a otras peculiaridades espaciales y sociales. El uso de unas adecuadas perspectivas de análisis puede ayudar a definir importantes distinciones funcionales, dada la inherente y forzosa amplitud de tipologías urbanas.

El grado de movilidad de las poblaciones preindustriales fue repetidamente subrayado en las comunicaciones y en la discusión. Al menos ese es el punto de vista del observador urbano, teniendo en cuenta que una gran movilidad por parte de la población con alguna experiencia urbana no es incompatible con un grupo permanentemente rural y por lo general "in-móvil", mientras la sociedad no conozca un fuerte proceso de urbanización. Aun así, el grado de movilidad llega a ser sorprendente y las implicaciones de este hecho no dejan de ser fascinantes. El inmigrante puede llegar a ser contemplado como una mera sub-categoría de el viajero, la persona que pasa algún tiempo en una ciudad pero que no llega a romper los lazos con su hogar rural (o con los de otra ciudad). Aunque un desplazamiento puede ser algo temporal o permanente, el historiador de la población no puede descubrir las intenciones individuales, y sólo puede aspirar a registrar una experiencia que puede o no ser fiel reflejo de aquellas intenciones.

Además de su dimensión estadística, la confirmación de una movilidad de larga tradición constituye un estímulo para volver a plantear las implicaciones humanas y culturales de la migración y la urbanización. En la medida en que los emigrantes encontraban a la ciudad como un medio extraño y hostil, el problema a menudo procedía de las circunstancias en que habían abandonado su lugar de origen. Aunque muchos experimentaron al emigrar una movilidad social descendente, el flujo de emigrantes raras veces se aletargó. La emigración de retorno puede incluso ser considerada de dos formas: como una prueba de rechazo o como signo de que la salida inicial no tenía por qué ser siempre una decisión desesperada e irreversible.

**

Una primera versión de este artículo se ha publicado en el Newsletter de la UIESP, núm. 26, 1986.